

## **El Comercio, los Mercados y la Paz**

“El progreso de la libertad depende más del mantenimiento de la paz, de la propagación del comercio y de la difusión de la educación que de la labor de los Gabinetes o de las Oficinas de Asuntos Exteriores”.

—*Richard Cobden*

### **Introducción**

En una reseña de la obra de Hayek, *Camino de Servidumbre*, George Orwell (1944) declaraba: “El capitalismo conduce a filas en busca de una limosna, al esfuerzo por conseguir los mercados, y a la guerra.” Si observamos al siglo pasado, advertimos los significativos progresos en los mercados, pero al mismo tiempo advertimos un siglo plagado por las guerras. ¿Marchan de la mano el capitalismo y los conflictos? ¿Son los ejércitos y los mercados complementarios?

En efecto, muchos conservadores defensores de los mercados son también apasionados partidarios de los ejércitos, y muchos opositores a la guerra se oponen también a los mercados. El escritor del siglo diecinueve Richard Cobden sostenía justamente lo contrario. Afirmaba que los ejércitos y los mercados eran substitutos: más ejércitos significaban menos mercado.

A pesar de que las ideas plasmadas en *The Political Writings of Richard Cobden* tienen ya un siglo y medio de antigüedad, Cobden analizaba muchos de los argumentos sobre la intervención militar que aún son esgrimidos en la actualidad. Cobden discurrió acerca de si el gasto militar era beneficioso o no para la economía, el comercio y la paz, y en todos estos tres casos su respuesta fue que no lo eran.

Tanto los conservadores como los liberales tienen mucho que aprender del análisis de Cobden sobre el comercio, los mercados y la paz. Como Cobden lo demuestra, el defensor de los mercados es un defensor de la paz.

*Edward Stringham* es profesor de economía, San Jose State University, California. Su ensayo, que obtuvo el segundo premio en el 2003 Olive W. Garvey Fellowship Program (faculty division) del Independent Institute (Oakland, California), fue publicado originalmente bajo el título "Commerce, Markets and Peace: Richard Cobden's Enduring Lessons," y se reproduce con permiso de los editores: *The Independent Review: A Journal of Political Economy* (Summer 2004, vol. IX, no. 1, pp. 105-116) © Copyright 2004, The Independent Institute, 100 Swan Way, Oakland, California 94621-1428(<http://www.independent.org>).

Traducido por Gabriel Gasave.

---

## Los costos del gasto militar

Cobden comenzó su panfleto de 1835, *England, Ireland and America*, con una cita extraída del discurso de despedida de George Washington: “La gran regla de conducta para nosotros con relación a las naciones extranjeras es, a efectos de extender nuestras relaciones comerciales, la de tener con ellas la menor conexión política posible” (3).<sup>1</sup> Allí donde Washington hizo una causa política en favor del comercio con todos, y enredos con ninguno, Richard Cobden delineó una causa económica.<sup>2</sup>

El primer aspecto sobre el que Cobden enfatizó fue el de los costos de oportunidad del gasto militar. A diferencia de los economistas que le sucedieron, influenciados por Keynes, Cobden no era un adherente de la falacia de la “vidriera rota” (Hazlitt, 1996). Cobden reconocía que cada millón gastado por el gobierno era necesariamente un millón (o más) no gastado por el sector privado. Cuando el gobierno destina recursos a los ejércitos y a las armadas, ello tiene un costo: “cada cuarto de penique sale, bajo la forma de impuestos, de los bolsillos del público” (197).

La cuestión era importante para Cobden debido a que él no veía todos los gastos del gobierno como promotores del bien público. Más bien veía al gasto militar británico como un desperdicio para la economía. En la medida en que el gobierno consume más recursos, menos recursos pueden ser dedicados a la riqueza

privada, que es la que genera las actividades. Los agentes gubernamentales pueden beneficiarse con este gasto público creciente, pero quien pierde es el público.<sup>3</sup> Escribió Cobden:

Nuestra historia durante el siglo pasado podría ser denominada la tragedia de ‘la intervención británica en la política de Europa’; en la cual los príncipes, los diplomáticos, los pares del reino, y los generales, han sido los autores y los actores—y el pueblo las víctimas; y la moraleja será exhibida para la más última posteridad en 800 millones de deuda (196).

Cuando el Estado dirige los recursos sus beneficiarios ciertamente ganan, pero desgraciadamente es el público quien carga con la cuenta.

Cobden consideraba que los ciudadanos productivos no se beneficiaban con las actividades británicas alrededor del globo. Deseaba educar a la clase empresarial para que vieran que ellos eran los que tenían que solventar todos los proyectos gubernamentales:

Pero si pudiese ponérsele de manifiesto a los sectores comerciales e industriales de esta nación, quienes no han tenido ni honores ni una ambición interesada de ningún tipo en esta cuestión, que mientras nuestras dependencias coloniales son apuntaladas a su costa, mediante la tributación directa, de más de cinco millones al año, las mismas no sirven como suntuosos y laboriosos apéndices para aumentar nuestra ostensible grandeza, sino en realidad para complicar y magnificar nuestro gasto gubernamental, sin mejorar nuestro balance comercial (24-25).

---

<sup>1</sup>En lo sucesivo, las referencias a la obra *Political Writings of Richard Cobden* (1903) se harán indicando los números de página entre paréntesis al final de cada cita textual.

<sup>2</sup>Si bien no era un pacifista en sus principios, Cobden se oponía al gasto militar sobre bases económicas (Bresiger, 1997:48).

---

<sup>3</sup>Cobden hizo una distinción entre el interés de la clase productiva y el interés del gobierno. Como Baumol (1990) lo ha enfatizado, en economías donde demasiado espíritu emprendedor es dedicado al gobierno en vez de al mercado, tendrán lugar menos innovaciones beneficiosas.

---

Cuando el gobierno crea programas alrededor del mundo, sólo crece la burocracia. Mientras que ello puede parecer bien a los ojos del gobierno, la persona común obtiene poco beneficio cuando el gobierno ejerce su influencia en el exterior.

Los beneficios para el público no son obvios, pero los costos son claros como el cristal: el público es quien debe pagarlos. Cobden reconocía que los impuestos son una carga sobre la economía y que disminuir el gasto militar en el exterior tiene como resultado ahorros significativos:

No sabemos de otra cosa más idónea para lograr una disminución de nuestras cargas, al reducir los gastos del ejército, la marina y la artillería (los que ascienden a catorce millones al año), como no sea una adecuada comprensión de nuestra posición relativa respecto de nuestras posesiones coloniales (24).

A pesar de que las relaciones internacionales de Inglaterra fueron encaradas con el pretexto de mejorar el bienestar público, Cobden consideraba que gran parte de las políticas públicas beneficiaban exclusivamente a ciertos intereses especiales: “Los honores, la fama y los emolumentos de la guerra no les pertenecen a [las clases medias e industriales]; en el campo de batalla, regado con la sangre del pueblo, quienes cosechan son los aristócratas” (34).

Los intereses políticos especiales, por supuesto, no son algo necesariamente bueno para el resto de la economía. En la época de los escritos de Cobden, Gran Bretaña tenía soldados de tierra en un número más de diez veces superior al de los Estados Unidos y también una armada significativamente más grande (82–84). Cobden veía esos gastos militares como recursos desperdiciados. En lugar de alentar el comercio, el ejército y la marina eran un derroche para la economía.

Como ha concluido Higgs (1992), la “prosperidad” brindada por el gasto de las fuerzas armadas es una ilusión.

Desarrollando una elemental comparación institucional entre Inglaterra y los Estados Unidos, Cobden esbozó la hipótesis de que el motivo por el cual el ámbito empresarial en los Estados Unidos se había convertido en algo tan importante en un periodo tan breve, se debía a que el mismo se encontraba relativamente libre de la carga de pesados tributos:

Ninguna persona que esté en su sano juicio negará que nosotros, quienes consideramos necesario gravar las necesidades de la vida por un monto superior a los treinta millones al año, debemos vernos saturados con penosas desventajas, cuando entramos en competencia comercial con el trabajo no gravado impositivamente de los habitantes de los Estados Unidos (81–82).

Los Estados Unidos habían seguido “una política de la cual ha brotado mucha riqueza, prosperidad, y grandeza moral. Los Estados Unidos ... son un ejemplo de los efectos beneficiosos de la política que puede ser sintetizada en esta máxima: El menor contacto posible entre los Gobiernos, y el mayor contacto posible entre las naciones del mundo” (215).

La hipótesis de Cobden pareciera estar corroborada por la reciente labor empírica de Gwartney, Lawson, y Block (1996), la cual destaca que cuanto mayor es el gasto gubernamental en una economía, peor será el desempeño de la misma. Los datos analizados por Knight, Loayza, y Villanueva (1996) también indican que el gasto militar retarda el crecimiento económico. Estos autores formulan la hipótesis de que “el gasto militar afecta de manera adversa al crecimiento; concretamente, mediante el desplazamiento de la inversión de capital humano y fo-

---

mentando la adopción de diferentes clases de restricciones al comercio” (1996: 27-28)

La clave para una economía exitosa no es un pesado gasto militar sino una fuerte confianza en los mercados: “Ha sido a través de las pacíficas victorias del tráfico mercantil, y no mediante la fuerza de las armas, como los Estados modernos han dado lugar a la supremacía de las naciones más exitosas” (79). Cobden esgrime al gasto militar más bajo de los Estados Unidos como un modelo a ser emulado: “El primero y, en efecto, el único paso hacia la disminución de nuestro gasto gubernamental debe ser el de la adopción de esa línea de política exterior a la cual los estadounidenses se han aferrado, con gran sabiduría y pertinacia, desde que se convirtieron en un pueblo” (103-04). Recortar el gasto gubernamental es la manera más sencilla de mejorar el desempeño económico.

### **¿El comercio como una justificación para la guerra?**

A pesar de que todos los economistas capaces reconocen al gasto militar como costoso, podría ser el caso de que esos costos resultasen necesarios para la existencia de los mercados. De serlo, la oposición al gasto militar sería efectivamente la oposición a los mercados, postura ésta de muchos conservadores. Esta línea de argumentación tiene una larga historia. Por ejemplo, en el siglo diecisiete, el Rey Guillermo III declaró: “La necesidad de mantener el poderío marítimo del país, y de brindarle una adecuada protección al vasto comercio de mis súbditos, ha ocasionado cierto incremento en los presupuestos de la rama naval del servicio público” (citado en Cobden, 217). Cobden reconocía que muchos argumentos en

favor de los ejércitos eran vertidos en nombre del comercio: “Todavía es popular el pretexto de que las guerras y los armamentos permanentes son para la protección de nuestro comercio” (217).

Mientras el comercio tiene ciertamente características beneficiosas y la guerra no, quizás la sociedad tenga que aceptar lo bueno con lo malo. Podría ser que las únicas dos opciones entonces sean las de aceptar los mercados y el militarismo, o la de oponerse a ambos. Cobden reconocía la popularidad de este punto de vista:

Una propuesta para reducir nuestros armamentos será resistida con base en la súplica de mantener una actitud adecuada, tal como se la denomina, entre las naciones de Europa. La intervención británica en la política de estado del Continente ha sido por lo general excusada bajo los dos pretextos arraigados de mantener el equilibrio de poder en Europa y de proteger a nuestro comercio (196).

Pero para Cobden, este era un matrimonio falso: los mercados y los ejércitos no van de la mano. Consideraba que la justificación del comercio para el gasto militar era ilegítima:

Confesamos estar en gran medida en desventaja para comprender qué se quiere significar aquí con la protección del comercio a través de un incremento de los presupuestos navales. Nuestro comercio es, en otras palabras, nuestras manufacturas; y el primer interrogante que necesariamente tiene lugar es el de si necesitamos una justificación para la fuerza naval, a efectos de custodiar a nuestros ingeniosos artesanos e industriosos trabajadores, o para proteger aquellos preciosos resultados de su ingenio mecánico y las manufacturas de nuestros capitalistas (217-18).

El éxito de una economía depende de los logros de la libre empresa, la cual no de-

---

pende del gasto militar.

Podemos observar esto viendo adonde destina el gobierno sus recursos militares. Cobden analizaba cuánto comercio existía entre Inglaterra y los Estados Unidos y se preguntaba: “Actualmente, ¿qué precaución se toma por parte del Gobierno de este país para cuidar y regular a este valioso flujo de tráfico?” (223). El comercio era extremadamente importante, pero los comerciantes se encontraban en gran medida dependiendo de ellos mismos. Con gran pasión, Cobden sostenía que el comercio difícilmente era dependiente de la armada:

¿Cuántas de estas costosas embarcaciones de guerra, las cuales son mantenidas a expensas del adicionado de muchos millones de libras al año, suponen nuestros lectores que se encuentran estacionadas en las bocas de Mersey y Clyde, para darles la bienvenida y para escoltar hasta Liverpool y Glasgow a los navíos mercantes procedentes de Nueva York, Charleston y Nueva Orleans, acarreando todos ellos el inestimable cargamento de lana de algodón, del cual depende nuestra existencia comercial? ¡Ninguno! (223-24).

O el ejército:

¿Qué sector de nuestro ejército permanente, el que cuesta siete millones por año, se encuentra ocupado en defender esto cual Pactolus—esta dorada corriente de comercio, sobre la cual flota no solamente la riqueza, sino las esperanzas y la existencia de una gran comunidad? ¡Cuatro inválidos en la Batería de Perch Rock ocupan el codiciado cargo de defender al puerto de Liverpool! (224).

El mundo es demasiado grande como para vigilar cada milla del mismo, por lo que los comerciantes fueron librados a su suerte:

Pero nuestras exportaciones a los Estados Unidos alcanzarán ... más de diez millones de libras esterlinas, y casi la mitad de esta suma va hacia Nueva York. ¿Qué porción de la Armada Real se encuentra estacionada en ese puerto para proteger la carga de nuestros comerciantes? La aparición de un navío del rey en Nueva York sería un evento de una rareza tal que atraería la atención especial de los periódicos públicos; mientras que, a lo largo de toda la costa atlántica de los Estados Unidos —la que se extiende por más de 3.000 millas, y a la cual enviamos un cuarto de nuestras exportaciones totales anuales— se encuentran estacionados solamente dos navíos británicos, y estos dos poseen también sus estaciones en las Indias Occidentales. ¡No! Este comercio, sin paralelo en cuanto a su magnitud, entre dos naciones distantes, no requiere de armamento alguno como su guía o salvaguardia (224).

El comercio entre las naciones era inmenso, pero los comerciantes británicos simplemente no podían contar con su armada para que los defendiese diariamente. Las fuerzas armadas británicas, pese a ser significativas, no estaban dedicando sus recursos a proteger a los comerciantes.

Entonces, ¿por qué tantos argumentos en favor de los ejércitos han sido vertidos en nombre del comercio? Un motivo puede ser el legado del mercantilismo, bajo el cual el gobierno jugaba un activo rol intentando manejar la economía. Esto incluía el establecimiento de monopolios legales para el comercio exterior. Dado que el gobierno mantenía a estos monopolios comerciales por medio de las fuerzas armadas, las discusiones sobre el comercio y los ejércitos iban juntas. Cobden explicaba:

Mientras que nuestro comercio descansaba sobre nuestras dependencias en el extranjero, tal como era el caso a mediados

---

del siglo pasado —razón por la cual, en otras palabras, la fuerza y la violencia eran necesarias para dirigir a nuestros consumidores hacia nuestros fabricantes— era natural y coherente que casi todo discurso del rey debía aludir a la importancia de proteger al comercio del país, mediante una armada poderosa (222).

Pero para Cobden estas políticas mercantilistas son incompatibles con el libre comercio. Los ejércitos no deberían emplearse en el mantenimiento de monopolios.

Cobden favorecía el abandono de la conquista militar para el beneficio del “comercio” y reemplazarla con un sistema de libre intercambio. El involucramiento militar con el comercio es totalmente innecesario, por lo que el gasto superfluo podría ser recortado sin ningún perjuicio para el mercado: “¿Pretenderá alguien que entienda del tema decirnos que nuestro comercio sufrirá con tal cambio?” (86).

Inferimos que es un principio del gobierno que la extensión de nuestro comercio con las naciones extranjeras exige para su protección del correspondiente aumento de la Armada Real. Ésta, somos conscientes, era la política del siglo pasado, durante la mayor parte del cual el lema ‘Buques, Colonias, y Comercio,’ plasmado sobre el blasón nacional, se convirtió en la consigna de los estadistas, y era el sentimiento favorable de los escritores públicos; pero esto —que significaba en otros términos: ‘Naves de guerra para conquistar colonias, a fin de brindarnos un monopolio de su comercio’— debe ahora ser rechazado, lo mismo que muchos otros igualmente resplandecientes, pero falsos, adagios de nuestros antepasados, y en su lugar debemos sustituirlo por la más casera, pero perdurable máxima siguiente: El abaratamiento es lo que regirá al comercio; y cualquier otra cosa que sea necesaria lo seguirá en su séquito (221).

La solución simple es implementar políticas que fomenten el comercio. El triunfo en el mercado mundial está determinado por la empresa privada exitosa, lo cual no depende de la superioridad militar, sino de costos más bajos. Recordando drásticamente a las fuerzas armadas, esos ahorros podrían ser trasladados a los emprendimientos productivos.<sup>4</sup>

Para Cobden, las políticas de libre comercio precisan poco respaldo militar. En verdad, Cobden sostenía que los mercados deberían sustituir a los ejércitos. Reemplazar las relaciones militares con las relaciones comerciales conduciría a un significativo ahorro en impuestos, así como también a una mayor paz:

... además de dictar el desuso de los establecimientos bélicos, el libre comercio (para esa benéfica doctrina de la que estamos hablando) acoraza a sus devotos con su propia naturaleza pacífica, en esa verdad eterna: *cuanto más una nación trafica con el exterior sobre principios libres y honestos, menos se encontrará la misma en peligro de guerras* (222).

En vez de generar relaciones antagónicas, el comercio alienta las relaciones pacíficas entre las naciones. Nada estimula tanto la cooperación como un emprendimiento que resulta mutuamente ventajoso. La clave entonces está en la promoción del comercio, especialmente a expensas de los ejércitos. Continuó volviendo sobre este tema:

¿Dónde, entonces, deberíamos buscar la solución para las dificultades, o cómo explicamos la necesidad que reclama un incremento de nuestro poderío naval? El comercio de este país, repetimos, radica,

---

<sup>4</sup>“Mediante esta política, y solamente por este medio, deberíamos ser capaces de reducir a nuestro ejército y a nuestra armada a un nivel más cercano al de las cargas correspondientes de nuestros rivales estadounidenses” (104).

---

para decirlo de otro modo, en sus manufacturas (218).

La clave para la prosperidad no es la fortaleza naval, sino la producción.

Cobden creía que el comercio florecería mientras los fabricantes fuesen capaces de reducir sus costos. Al igual que los economistas que se concentran en el principio de las ventajas comparativas, Cobden escribió:

En una palabra, nuestra existencia nacional depende del éxito de nuestros productores .... Se nos pregunta: ¿cómo se protege al comercio y mediante qué medios puede ser el mismo ampliado? La respuesta sigue siendo: mediante el abaratamiento de nuestras manufacturas (219).

Como lo saben los economistas modernos, cuando los socios se especializan en aquello en que poseen ventajas comparativas, ello conduce a un incremento de la producción y del consumo para todas las partes involucradas.

### **¿La libertad como justificación para la guerra?**

El dilema del comercio internacional es que el mismo involucra a más de una parte. Si un país adopta políticas hostiles hacia los mercados, reduce las oportunidades comerciales de otros. ¿Podría beneficiar el liberar a dicho país tanto a sus ciudadanos como a sus libertadores? Los ciudadanos obtendrían el derrocamiento de su gobierno, y los libertadores tendrían a novísimos socios comerciales. Por lo tanto, ¿sería ésta, después de todo, una situación en la que ambas partes ganan? Cobden se refirió a estas justificaciones para el involucramiento militar en el exterior. Se argumentaba a favor de la participación militar para promover el bien:

Nos toparemos aquí con una inclinación muy general en favor de mantener lo que se denomina nuestro ascendiente entre los Estados del Continente, lo cual significa ... que Inglaterra deberá ser consultada antes de que cualquier otra nación pretenda reñir o combatir; y que deberá estar lista y ser convocada para tomar parte en toda contienda, ya sea como mediadora, o como aliada o contendiente (194).

Cobden favorecía la preservación de la paz, pero se resistía a considerar que el involucramiento militar fuese un medio eficaz. En su opinión, la intervención militar no era favorable ni para el interés de la nación interventora ni para el del país distante.

Cobden esgrimió en primer término sus argumentos apelando al interés personal de sus compatriotas. Sostenía que un país podía entremeterse en los asuntos de otros países, pero a costa de grandes peligros:

Nuestro único propósito es persuadir al público de que la política más sabia para Inglaterra es la de no tomar parte en ninguno de estos remotos altercados .... Debemos evaluar el asunto en términos de nuestro interés propio. No nos imaginamos, ni por un momento, que sea necesario demostrar que no estamos llamados a preservar la paz y el buen orden del mundo entero (127).

Aunque existen muchos problemas en el mundo, involucrarse en cada uno de ellos sería en vano:

¿Sobre qué *principio*, comercial, social o político —en resumen, sobre qué fundamento, consistente con el sentido común— la Secretaría de Asuntos Extranjeros involucra a Gran Bretaña en las bárbaras políticas del gobierno otomano, al riesgo manifiesto de guerras futuras y el sacrificio pecuniario presente para atender a los armamentos permanentes? (211).

---

No solo son costosos tales esfuerzos, sino que los mismos llevan a un país a la guerra. ¿Por qué debería de sorprenderse un país cuando el mismo es atacado después que su gobierno ha estado enredado en problemas lejanos? Cobden consideraba que los países que no mantienen una presencia internacional estarían frente a un riesgo menor.

Incluso cuando otros gobiernos son proclives a equivocarse, ¿por qué correr el riesgo de enlodar las ya turbias aguas? Cobden veía el involucramiento británico con las naciones extranjeras como un problema. Afirmaba que los británicos no tenían por qué interferir con la política en ultramar: “Si nos retrotraemos a los debates parlamentarios de los recientes reinados pasados, encontraremos esta singular característica de nuestro carácter nacional: la pasión por inmiscuirnos en los asuntos de los extranjeros” (195). Con suficientes problemas en casa, ¿por qué preocuparnos de los problemas del mundo entero? “La opinión pública debe experimentar un cambio; nuestros ministros no deben ya más asumir la responsabilidad por las contiendas políticas cotidianas de toda Europa” (33). Para Cobden, la intervención es contraproducente:

Lo decimos nuevamente (perdónennos por la repetición de este consejo, pero escribimos con el único propósito de aplicarlo): Inglaterra no puede sobrevivir a su bochorno financiero, excepto si renuncia a esa política de intervención en los asuntos de otros Estados, la cual ha sido la fuente fecunda de prácticamente todas nuestras guerras (104).

La segunda clase de argumentos para la intervención militar en el exterior es de tipo humanitario. Sí, es cierto, la intervención militar implica costos, pero cuando un país se encuentra bendecido con más libertad, la compasión exige ayudar a que los demás también la obten-

gan. Cobden reconocía esta línea de argumentación:

Inglaterra ... parecía ocupar el cargo de oficial de justicia del planeta. Por supuesto, dicho puesto de honor no podría ser mantenido, o su dignidad afirmada, sin una adecuada concurrencia de guardias y funcionarios, y consecuentemente hallamos por eso en este periodo de la historia que grandes ejércitos permanentes comenzaron a ser convocados ... y las provisiones reclamadas por el gobierno de tanto en tanto bajo la súplica de preservar las libertades de Europa (197).

Aunque Cobden favorecía la libertad para toda Europa, consideraba que la acción militar británica no era la forma de establecerla.

Cobden también cuestionaba que la guerra pudiera ser utilizada para promover los mercados. Como lo demuestra Higgs (1987), la guerra casi siempre conduce a un incremento del poder gubernamental. Mientras que los argumentos a favor del militarismo son esgrimidos a menudo con el pretexto de promover la libertad, las guerras tienen el efecto de disminuirla. Simplemente destituir y reemplazar a los líderes de un país no conducirá a más libertad. Cobden escribió:

No permitamos que jamás sea olvidado, que no es por medio de la guerra como los Estados se tornan aptos para el disfrute de la libertad constitucional; por el contrario, mientras el terror y el derramamiento de sangre imperen en el territorio, induciendo en las mentes de los hombres extremos de temor y desesperanza, no puede existir proceso alguno de pensamiento o de educación, el único medio por el cual puede un pueblo ser preparado para el disfrute de la libertad racional (35-36).

La libertad precisa de la ilustración, la cual sólo puede provenir de la persuasión y de la educación, no de la fuerza militar.



---

La opinión pública necesita experimentar el cambio hacia el respeto por los derechos de propiedad; de otra forma, una economía de mercado no puede existir. Cobden describía cómo los franceses estaban teniendo muchas dificultades precisamente debido a la guerra:

Así, tras una lucha de veinte años, iniciada en nombre de la libertad, ni bien terminaron las guerras de la Revolución Francesa, todas las naciones del continente retornaron a su previa condición de servidumbre política, de la cual desde entonces han estado tratando de liberarse, mediante el proceso gradual del progreso intelectual (36).

Cobden veía la transición hacia la libertad como un proceso de aprendizaje, que no podría ser impuesto mediante la fuerza bruta. Como escribió Mises: “La [libertad] no puede ser alcanzada mediante un régimen despótico que en lugar de iluminar a las masas las hunda en la sumisión. En el largo plazo las ideas de la mayoría, no importa cuán perjudiciales puedan ser, prevalecerán”.<sup>5</sup> Si deseamos mercados, el público tiene que ser convencido (no forzado) a apoyarlos.

Debido a que la guerra no hace prosperar la libertad, las naciones extranjeras deben ser dejadas para que resuelvan sus propios asuntos, no importa cuán complicados sean sus problemas. El sentirse motivado para intervenir y controlar la situación es una reacción natural, pero Cobden la consideraba una mala idea. En vez de tratar de reparar cada problema empleando su poderío, Inglaterra debería permanecer al margen:

Con Francia, aún en las congojas de su última revolución, conteniendo a una ge-

neración de jóvenes y ardientes espíritus, sin los recursos del comercio, y de esa manera ardiendo por la excitación y la distracción de la guerra; con Alemania, Prusia, Hungría, Austria, e Italia, todas dependientes para su tranquilidad de la frágil ligazón de sus súbditos a una anciana pareja de paternales monarcas; con Holanda y Bélgica, cada una enarbolando la espada; y con Turquía, cediendo ante la presión de Rusia, a medida que se hunde en un inevitable destino político y religioso—seguramente, con dichos elementos de discordia fermentando en toda Europa, se vuelve más que nunca nuestro deber buscar un refugio natural ante la tormenta, para no ingresar en aquello de lo cual no podemos esperar beneficio alguno, sino tan solo terribles y renovados sacrificios (35).

Precisamente en un momento de tanta discordia, la mejor política es la no-intervención. Lo último que un país debería hacer es adentrarse en la tormenta, y más bien debería concentrarse en el libre intercambio:

Imaginemos que todos nuestros embajadores y cónsules fuesen instruidos para no tomar parte adicional alguna en los problemas internos de las naciones europeas ... de dejar a todos esos pueblos con sus propias reyertas, y dedicar nuestra atención, exclusivamente, conforme al ejemplo de los estadounidenses, a los intereses comerciales de nuestro país (85-86).

En vez de comportarse como el policía del mundo, Inglaterra debería dedicar su energía al comercio. Que los demás países atiendan sus propios problemas.

Al renunciar a las reyertas políticas, ¿se estaría abandonando a los demás? ¿Sería este el caso de un país que rehúsa ayudar a aquellos que tienen necesidad? Para Cobden, la respuesta era no. Consideraba que la economía de Inglaterra tenía la posibilidad de tornarse más libre

---

<sup>5</sup>Ludwig von Mises, *The Ultimate Foundation of Economic Science* (Princeton, New Jersey: Van Nostrand, 1962), p. 93.

---

cuando la misma carecía de las trabas que implicaba el entrometimiento en el exterior:

Aquellos que, por un anhelo de asistir a la civilización, desean que Gran Bretaña se interponga en los disensos de los Estados vecinos, serían sabios si estudiasen, en la historia de su propio país, cuán bien un pueblo puede, mediante la fuerza y la virtud de sus elementos autóctonos, y sin la asistencia externa de ninguna clase, atender a su propia regeneración política: ellos podrían aprender también, repasando sus propias historias, que es solamente con la paz con otros Estados que una nación encuentra el tiempo libre para mirar dentro de sí misma y descubrir los medios para alcanzar las grandes mejoras domésticas (36).

Cobden creía que el curso de acción más humanitario era el *laissez-faire*. Una política de no-intervención ayudaría en verdad a otras naciones más que las políticas activas:

Inglaterra, al dirigir calmadamente sus energías no divididas a fin de purificar sus propias instituciones, para la emancipación de su comercio ... ayudaría, sirviendo así como un faro para las demás naciones, más eficazmente a la causa del progreso político por todo el continente, de lo que posiblemente podría hacerlo arrojándose a la contienda de las guerras europeas (35).

Servir como un modelo para los otros podría ser mucho más útil para las naciones extranjeras que involucrarse en sus conflictos.

Consideremos al comercio entre los Estados Unidos e Inglaterra en el siglo XIX. Aun cuando la unificación política estaba ausente, existían relaciones pacíficas. ¿Por qué? Debido a que los sectores privados de ambas economías se encontraban muy entrelazados. Explicaba Cobden:

Inglaterra y los Estados Unidos se encuentran ligados con ataduras pacíficas, mediante la más fuerte de todas las ligaduras que pueden vincular a dos naciones entre sí, *viz.*, los intereses comerciales; los cuales, cada año que pasa, hacen *más imposible*, si puede emplearse el término, una ruptura entre ambos (78).

Gran parte de la producción de Inglaterra depende de las materias primas importadas de los Estados Unidos. Cuando los grupos son interdependientes, la agresión es menos probable. Por ejemplo, la posibilidad de que Inglaterra y los Estados Unidos se enfrenten en una guerra es baja. Pero contrastemos la relación anglo-estadounidense con la de los países donde no existe el intercambio. En tales casos, ambos países tienen menos que perder.

El conflicto por lo general tiene lugar cuando hay barreras al intercambio. ¿Han producido los embargos alguna vez más cooperación? ¿Han generado los embargos una mayor libertad? La evidencia empírica que muestra la eficacia de estas políticas es escasa. La interferencia gubernamental con el comercio es lo peor para la paz.

Bajo el libre comercio, con cada nueva relación comercial existe un vínculo entre partes que de otra forma estarían separadas. Al expandir el comercio alrededor del globo, las naciones desarrollarán relaciones más pacíficas. En este ámbito las relaciones gubernamentales son superfluas:

Inglaterra ... ha ... unido por siempre a dos hemisferios remotos en los lazos de la paz, colocando a Europa y a los Estados Unidos en una dependencia absoluta e inextricable; las clases industriales de Inglaterra, a través de la energía de sus emprendimientos comerciales, se encuentran en este momento influyendo en la civilización del mundo entero, al estimular

---

el trabajo, excitar la curiosidad, y promover el gusto por el refinamiento entre comunidades bárbaras, y, por encima de todo, al adquirir y enseñarle a las naciones vecinas el benéfico apego por la paz (149).

Cobden tenía razón: el comercio es la gran panacea. Si deseamos promover un mundo de paz, debíamos promover un mundo de mercados libres.

### Conclusión

Los argumentos a favor del armamentismo y la proyección de fuerza militar en nombre de los mercados tienen una larga historia, pero Richard Cobden, escritor del siglo XIX, lidió con estos argumentos de modo frontal. El gasto militar no es un fomento para la economía, más bien implica costos significativos. Estas actividades del gobierno incrementan el riesgo de la guerra y la carga sobre los contribuyentes. Pese a afirmaciones en contrario, los ejércitos no son útiles para el comercio. El éxito nacional depende de la empresa privada, no del poderío militar. Las fuerzas armadas deben desempeñar un activo rol regulando al comercio bajo el mercantilismo, pero no bajo el libre comercio. La vasta mayoría del comercio no depende en absoluto de los ejércitos. La clave es crear una atmósfera en la que las empresas tengan libertad para innovar y reducir sus costos: una política que beneficiaría a todas las naciones. Defendiendo los principios del libre comercio y sirviendo como modelo, las naciones pueden afianzar la libertad más eficazmente que yendo a la guerra. El libre comercio promueve la cooperación internacional y la cooperación internacional promueve la paz. Contrariamente a los puntos de vista prevalecientes, los mercados y la guerra no marchan de la mano. El mercado promueve la paz.

### REFERENCIAS

- Baumol, William. "Entrepreneurship: Productive, Unproductive, and Destructive." *Journal of Political Economy*, 98 (1990): 893-921.
- Bresiger, Gregory. "Laissez Faire and Little Englanderism: The Rise, Fall, Rise, and Fall of the Manchester School." *Journal of Libertarian Studies*, 13 (1997): 45-79.
- Cobden, Richard. *The Political Writings of Richard Cobden*. London: Fisher Unwin, 1903.
- Gwartney, James, Robert Lawson y Walter Block. *Economic Freedom of the World: 1975-1995*. Vancouver: Fraser Institute, 1996.
- Hazlitt, Henry. *Economics in One Lesson*. San Francisco: Laissez Faire Books, 1996.
- Higgs, Robert. *Crisis and Leviathan: Critical Episodes in the Growth of American Government*. Oxford: Oxford University Press, 1987.
- Higgs, Robert. "Wartime Prosperity? A Reassessment of the U.S. Economy in the 1940s." *Journal of Economic History*, 52 (1992): 41-60.
- Knight, Malcolm, Norman Loayza y Delano Villanueva. "The Peace Dividend: Military Spending Cuts and Economic Growth." *International Monetary Fund Staff Papers*, 43 (1996): 1-37.
- Mises, Ludwig von. *The Ultimate Foundation of Economic Science*. Princeton, New Jersey: Van Nostrand, 1962.
- Orwell, George. "Review: *The Road to Serfdom* by F.A. Hayek, *The Mirror of the Past* by K. Zilliacus." *Observer*, Abril 9, 1944.